

Gomas

Héctor Daniel Olivera Campos

—¿Cómo es que no has traído gomas? Si no hay goma, no hay polvo.

El policía contempló a su amante circunstancial con cara de estupor y, sin salir todavía de su asombro, balbuceó una respuesta:

—Es... que... me los olvidé. ¿Tú no tienes condones?

—¿Por quién me tomas?

—Esto...«Mejor no te digo por quién te tomo» —pensó el agente—; esta es tu ciudad, conocerás una farmacia de esas que abren las veinticuatro horas.

—¿Sabes qué? Esto es un cortarrollos total. Se me han ido las ganas. Es mejor que te vayas. Seguimos en contacto a través del privado, ¿vale?

El policía descendió por las escaleras bajando los escalones de dos en dos, estaba indignado. ¡Seis meses! Seis meses le había tenido aquella tipa calentando la bragueta, provocándole y jugando con él desde el mismo instante en que apareció en la página de *singles*, para que, llegado el momento, le dejara en la estacada con dolor de testículos y la estaca aún en posición de firmes.

Apenas salió por el portal del edificio donde la ingrata tenía su apartamento, el policía reconoció el coche aparcado de su ligue; se quedó mirando el vehículo y dudó por unos segundos en cometer lo que estaba pensando. Ellos dos se habían intercambiado fotos de *sexting*, así que ella había recibido fotografías de su amante desnudo, tan sólo ataviado con la gorra y los corrajes, en poses obscenas mientras empuñaba el arma reglamentaria. Si ese material trascendía le podía caer un buen paquete. No obstante, pudo más el despecho. Tras fotografiar la matrícula, rompió a patadas las luces de freno del vehículo. Él se aseguraría de que al día siguiente le llegase la oportuna sanción de tráfico.

Un día después de su romance fallido, el policía se incorporó a su puesto de trabajo en el turno de la tarde. Entró por la puerta del cuartel llamando putas a todas las mujeres del mundo y cagándose en Dios.

—¿Qué? ¿Hoy vienes calentito, eh?

—¡Hasta los cojones!

—Te voy a dar una alegría. Prepárate, vamos a disolver una. Vas a tener ocasión para desfogarte. Habrá follón.

Sudando, con la boca reseca, las manos temblorosas y la respiración entrecortada el agente contempló su obra: unos contenedores de basura incendiados otorgaban a la escena una composición casi infernal. Al apoyar su mano en la bocana del fusil lanzapelo-
lotas de goma casi se quema, ardía. ¡Menudo subidón! Aquella descarga de adrenalina era más brutal que el más intenso de los orgasmos. Notó una humedad en los genitales: se había corrido.

Los servicios sanitarios contabilizaron veinticinco manifestantes heridos a causa del lanzamiento de balas de goma, siete de ellos quedaron tuertos.